

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

FEMINISMO

Los problemas que se refieren á la mujer—leo en una revista extranjera—serán siempre de actualidad, y, para estudiarlos, nada puede aportar datos tan provechosos y ciertos como el estudio de la realidad viva.

—A ver, que venga Juana.

Juana es una antigua sirvienta, casada con el hortelano de la finca en que tengo accidentalmente mi hospedaje, y madre de cuatro robustos zagalones.

—¿Qué manda el señor?

—Sécate las manos y siéntate.

—¿Aquí, señor?

—Aquí. Y ahora, contesta: ¿qué opinas tú en eso del feminismo?

Juana ha quedado como debió quedar el héroe mitológico al mirar cerradas las puertas de Daza. Pero la mujer es un Hércules que, cuando buena-mente no se abren, sabe arrancar todas las puertas.

—Hábleme en castellano, señor.

Es verdad: eso de *feminismo* no es castellano. Confesemos que Juana tiene penetración.

—Muy bien; contéstame á otra cosa: ¿Tú crees que la mujer es igual al hombre?

—No, señor. ¿Qué ocurrencia!

—¿Con qué firmeza, con qué seguridad lo ha dicho! Vergüenza me da haber preguntado semejante tontería. He quedado mirando á aquella mujer alta, algo avejentada, pero con cierta severidad de matrona, reflejando serenidad y energía en sus anchurosos y verdes ojos de ofidio.

—Vamos á ver si nos entendemos. Ante todo, ¿te parece que la mujer puede trabajar como el hombre?

—¿Qué cosas me pregunta el señor! En casa todos hemos trabajado mucho y desde muy pequeños. A los ocho años salí de la escuela para ir á trabajar al campo, cuando apenas sabía leer, escribir y contar.

—¿Erais muchos hermanos?

—Siete: seis varones y yo.

—¿Y todos aprendisteis á leer y escribir?

—Yo sola.

—¿Irían los demás menos tiempo á la escuela?

—No, señor, el mismo; pero los chicos se distraen con sus juegos y por eso parecen más tardos. Eso lo saben todos los padres que tienen chicos y chicas.

—¿Y no lo sabía yo! ¿En qué diablos habré estado pensando?

—Perfectamente, Juana. Eres una mujer discreta.

—Gracias. Soy como las demás.

Cada palabra era una enseñanza. Como las demás, sí; discreta como todas. La indiscreción es palabra que no se encuentra en el vocabulario de la mujer.

—¿Y en qué trabajabas?

—En todo: sallaba, escardaba, removía la tierra, segaba...

—¿Segabas también?

—¿Cómo no? Y, á más de hacer lo que todos, me levantaba antes que nadie á preparar la comida y me acostaba la última, para coser y planchar. Además llevaba la cuenta de los gañanes y cuidaba el ganado.

—Eras una esclava.

—Peor vida llevan otras pobres del pueblo, que pasan la vida en el fondo de una mina, cargando como acémilas cestos de mineral.

Cerré los ojos y me representé á aquel suplicio dantesco; diez mil mujeres le sufren sin quejarse en España.

—¿Y luego viniste á servir?—pregunté.

—Vine, sí, señor; y he tenido muy buenas amas y muy listas.

—¿Más que sus maridos?

—Más que sus maridos.

—¿A ver, á ver? ¿Qué eran ellos?

—Unos, empleados, y emborronaban no sé qué papeles; otros visitaban enfermos, que curaban ó no; otros defendían pleitos, que se ganaban ó se perdían. Pero siempre se explicaban mejor las señoras. Ya ve usted. ¿Y sin estudios! A lo mejor, oía yo á los conocidos: «Tu amo es un majadero.» ¿Ha oído el señor decir eso de las mujeres nunca?

—La verdad es que no. He oído de las mujeres que son tontas ó necias; pero refiriéndose siem-

pre á sus defectos morales y jamás á su incapacidad.

—Una prueba: ningún hombre se casa creyendo que su novia no es lista. De modo que, ó no hay mujeres tontas, ó hay, por lo menos, imbéciles, otros tantos hombres, que son los que las han escogido.

—No se explicaría mejor sor Juana. Inés de la Cruz. Pero tú no has oído decir que el cerebro de la mujer es más pequeño que el del hombre?

—No, señor.

—Pues es mucho más chico.

Aquí creí haber confundido á Juana. Pero ¡quía! Filósofos, fisiólogos, moralistas, hablad con una mujer sin prevenciones, presentadles datos para juzgar y veréis lo que tienen dentro de esos cerebros chiquirritines.

—Sí—repetí con aire de triunfo y levantándome del asiento—. Las mujeres tienen mucho más pequeño el cerebro.

Juana contestó con la mayor naturalidad:

—¡Claro! ¡Si no lo ejercitan! También el señor tiene el brazo más delgado que mi marido, siendo, con mucho, más fuerte que él.

Aquella aldeana no confundía el medio con la causa, el órgano con la potencialidad de la función; sabía que es la energía el alma, mater de la Naturaleza; que la materia organizada estable no produce la actividad, sino que ésta determina la concreción y la transforma. Hubiera podido derrotar á Büchner con su flamante idealismo dinámico.

—Sin estudiar, ¿cómo va á aprender? Sin acostumbrar la cabeza, ¿cómo va á servirse de ella como los hombres?

Yo estaba desconcertado. Había descubierto el flanco, y ella revolvía el puñal en la herida, como Ulises el palo en el ojo del ciclope.

—Y aun así—continuó—sobresalen; porque la generalidad de las cosas que los hombres estudian son disparates y mentiras. Crea usted, señor, que la mayor parte de las cosas que los hombres hacen, las harían las mujeres mejor con la cabeza despejada de patochadas. Por todas partes se ven atrocidades. ¿Es que las hacen todas las mujeres?

He querido batirme en retirada y arrojar la flecha del soldado partho.

—La mujer no puede estudiar—he dicho—, porque perdería el pudor.

—¿El pudor? Entonces, ¿qué saber es ese que hace á la gente mala?

—Es que la ciencia...

—La ciencia, si es verdadera, no hace malo á nadie. La ciencia hace mejor.

—Oye, oye—he dicho sorprendido—; ¿tú de qué sabes eso?

—¿Yo? De cierta idea...

—¿De cierta idea! Lo inconsciente, acaso; pero lo inconsciente sublime. De cierta idea confesaba que hacía sus divinas imágenes Rafael.

He despedido á Juana, y ha salido á reanudar sus trabajos caseros, á cuidar de los niños, á echar cuentas para dar buen empleo al jornal, á cuidar de las flores, sus hermanas...

Me asomé á la ventana para verla salir. Traspuso el umbral serena y un tanto preocupada. Si no una inteligencia, era un maravilloso instinto servido por órganos.

Y junto á la puerta se encontró con Colás. Salía el apreciable hortelano de dormir, sin duda, porque se desesperaba estirando los brazos, como si quisiera alcanzar un planeta. Abrió una boca de león de Numidia, y luego balbució con cólera:

—¿Arre allá! Siempre de palique. ¡Me paice que te voy á tentar las costillas!

Y después, mientras la mujer, cabizbaja, se encaminaba á la humilde vivienda, añadió el marido con aire de superioridad:

—¿Si es lo mismo que digo! ¡Si toas seis unas brutas!

ANTONIO ZOZAYA

CRÓNICA

Aduanas de la moral.

Leo en un telegrama de Barcelona que un señor carabinero ha prestado á la nación el inmenso servicio de decomisar 5.000 clichés de fotografías inmorales y otros objetos no menos edificantes... Me figuro cuáles son: el dios Pan con sus

cuernos y su flauta, Priapo con el órgano de la filogenitura siempre alerta, y una buena manada de cápreos sátiros, con el lascivo hocicuello en alto venteando la ruta por donde vienen las niñas. En verdad que estas cosas no deben verse ni tocarse, olerse ni gustarse. Ese carabinero merece ser declarado benemérito de la patria en grado heroico, ya que está archiprobado que ésta es la patria de Polaviejas, Pidales, Mones, Comillas, Vadillos y demás efebos de la castidad con mangas.

No hay tósigo ni puñal que mate tan pronto y furiosamente como éste de las estampas inmorales. Algunos necios creen que no hay cromó ni fotograbado que excite la lascivia como la carne viva que, con todos los encantos del traje ceñido y crujiente, los perfumes mareadores, las alhajas deslumbradoras, el recato fingido, la prohibición legal, se nos muestra á la codicia de los ojos en paseos y teatros, calles y reuniones; pero no debe ser así, puesto que ese moralísimo carabinero de Barcelona no se ha entrado Ramblas arriba deteniendo señoras y señoritas.

Por el juicio que de la moral tiene ese señor carabinero—cuyo retrato pido á mi buen amigo D. Antonio López que publique en *La Campana de Gracia* ó en *La Esquilla*—se ha librado España de males gravísimos, al menos mientras no entren otros cajones con la misma materia contumaz.

Ese carabinero ha echado llaves y cerrojos al triste y melancólico templo de Onán, con sus miles y miles de capillas solitarias, donde nuestra pobre infancia inocente, educada en el seno de la Iglesia, fortalecida en los santos principios de nuestra religión, engendraba los primeros gérmenes de la tuberculosis.

Ese carabinero ha cerrado también por algún tiempo el mercado de blancas; porque ¿qué motivo racional han de tener las pobres muchachas, hambrientas de pan y de amor, para venderse, si no ven á la Otero en esta posturita, y á la Cleo de Merode en aquellas desnudeces, y á la Sorel—la Caserio de Félix Faure—con la boquita entreabierta, en un espasmo lascivo, como si el néctar de los dioses cayese entre sus labios gota á gota?

¡Oh, por todos los apóstoles y mártires que le den algo á ese carabinero! No parece bien que queden sin recompensa las buenas acciones. Si en todas las Aduanas de Cuba hubiésemos puesto Argos como éste no se hubiese perdido la isla, y en Filipinas no hubieran pasado las cosas á mayores si hubiésemos librado al archipiélago de las manadas de sátiros calzados y descalzados que allí había.

En cuanto á la Península, hay dos hechos indiscutibles: primero, los obreros, los maestros de escuela y los escritores viven mal porque se gastan los miles que ganan en estampitas pornográficas; segundo, si tanta gente no sabe leer es porque hay muñecos que no necesitan explicación, ni notas, ni apostillas. Con verlos basta, y entonces, ¿para qué aprender el abecedario?

Meditando así, señor carabinero de la moral, iba yo esta mañana muy tempranito, Castellana arriba, camino de la Biblioteca, donde suelo pasarme cuatro horas cada día, á pesar de lo cual no se me conoce la erudición, ni la tengo ni la quiero.

Por entre las copas de los árboles veíanse, cortadas á trozos por el follaje, las alegres fachadas de los hoteles de la gente rica. No hay nada más moral que el amanecer de los días tibios, en que la sangre se adormece, suavemente acariciada en los pulmones por la brisa cargada de oxígeno; en que los músculos se contraen en plena fortaleza, como si los moviese un deseo de la voluntad, pidiéndoles que trabajen; en que la inteligencia despierta alada, construye palacios de ideas, con diafanidades de brillantes y rubíes. ¡Y durante toda la mañana, mientras en el patio chapotean, cantan y rien los mozos de cuadra, limpiando los caballos que piafan de alegría; mientras las modistillas van apresuradas al taller y los albañiles á su obra y todos los honrados y buenos á su trabajo, las ventanas de los hoteles donde la gente rica vive están cerradas herméticamente, para que la luz matutina, toda castidad, no encuentre rendija ni resquicio por donde entrar!

Los señores están fuera ó están durmiendo...

gastando dineros con los que veinte familias podrían sustentarse, ó gastando fuerzas con las que podrían vivir muchos años más. Y no hay más inmoralidad que ésta: la del derroche é inutilización estéril de los elementos que la humanidad necesita para subsistir y multiplicarse. Por esto, porque en ella se derrochan gérmenes de vida, es inmoral la mancebía, *no por otra cosa alguna*. Y en este sentido llega á ser inmoral hasta el periodismo superficial que la moda noticiérista nos ha obligado á aceptar, porque inútilmente se derrocha en satisfacer la vana curiosidad del público, talentos, energías y actividades de que carecemos para más altas empresas.

Vea, pues, ese señor carabinero de la hoja de parra, cómo un cliché fotográfico no puede ser inmoral, aunque contuviese la imagen desnuda de todas las mujeres de la tierra. Ese cliché es un momento de trabajo, es dinero, es pan. ¡Y el pan no es, no puede ser inmoral! Una rancia costumbre española era la de besar el pan antes de partirlo y la de azotar á los niños cuando lo tiraban al suelo. ¡Costumbre llena de honda filosofía!

Cansado de leer en la Biblioteca—y de ella os hablaré en otro artículo—, entro en el salón de descanso y enciendo un cigarrillo.

Las paredes están llenas de rayas, letreros y muñecarros. No os podéis convencer de que estáis en la Biblioteca, de que los que van allí van á leer, á estudiar, á crearse alas que le permitan huir de la vulgaridad nacional, nuestro grande y acaso único pecado.

Aquel saloncito y aquellos retretes son los de cualquiera estación de ferrocarril, los de cualquier Instituto ó Universidad. No falta en ellos nada, nada, nada del amplio repertorio que acredita y prueba nuestra grandísima y repugnante grosería y la rufianería cobarde que llevamos en la masa de la sangre. Los dibujos deformes, las injurias soeces, para que las recoja todo el que llegue: «*Tú que haces aquí tal y cual, eres un tal y un cual*». Y para que no parezca cobarde el autor firma: «*Juan Fernández*». ¡Vaya usted á buscar á un Juan Fernández para darle de bofetones! Además, seguramente la firma es falsa.

¡Y esto sí que es inmoral!

DIONISIO PÉREZ

LA DICHA

Los dioses, queriendo de tres campeones premiar las virtudes, la fe y la bravura, á tres elegidos conceden tres dones que pueden ser fuente de eterna ventura.

Mercurio á Bernardo le otorga riquezas, á Juan le da Venus sus dulces favores, y Apolo á Ramiro le brinda grandezas, los triunfos del arte, laureles y honores.

Bernardo ve siempre su gusto saciado y pierde del goce la grata esperanza, y su ánimo triste, marchito y hastiado aspira á los goces que el oro no alcanza.

Á Juan ya le postra de tanto amorío el vano deleite, la torpe ventura, y queda sin fuerzas ni aliento ni brío, rindiendo su cuerpo vejez prematura.

De tantos honores se cansa Ramiro, la gloria le amarga, rival envidioso, y anhela la dicha del dulce retiro viviendo ignorado y en blando reposo.

Encuétranse un día los tres campeones y todos refieren su cuita y su duelo, y al ver que la dicha no logran sus dones con voces tremendas maldicen al cielo.

En tanto, en la hierba de un campo sembrado, cubierto á la sombra de un árbol frondoso, un cerdo gigante se hallaba tumbado después de la hartura buscando el reposo.

Cubierta de crines mostraba su masa, el rabo ahorquillado al suelo pendía, en ronchas nudosas colgaba su grasa y el sol en su hocico brillante lucía.

Velaba sus ojos brutal soñolencia, allá, entre repliegues grasientos guardados, mostraba su lomo curvado eminencia con recias vejigas entrambos costados.

La paz de la hartura, la dicha y la calma, el ocio más grande que logra el sentido, la ausencia de todos los duelos del alma,

DON QUIJOTE

¡HASTA EN LA SOPA!

EL CONGRESO ZOOLOGICO DE SANTIAGO



¡Que viene el padre Ramón!



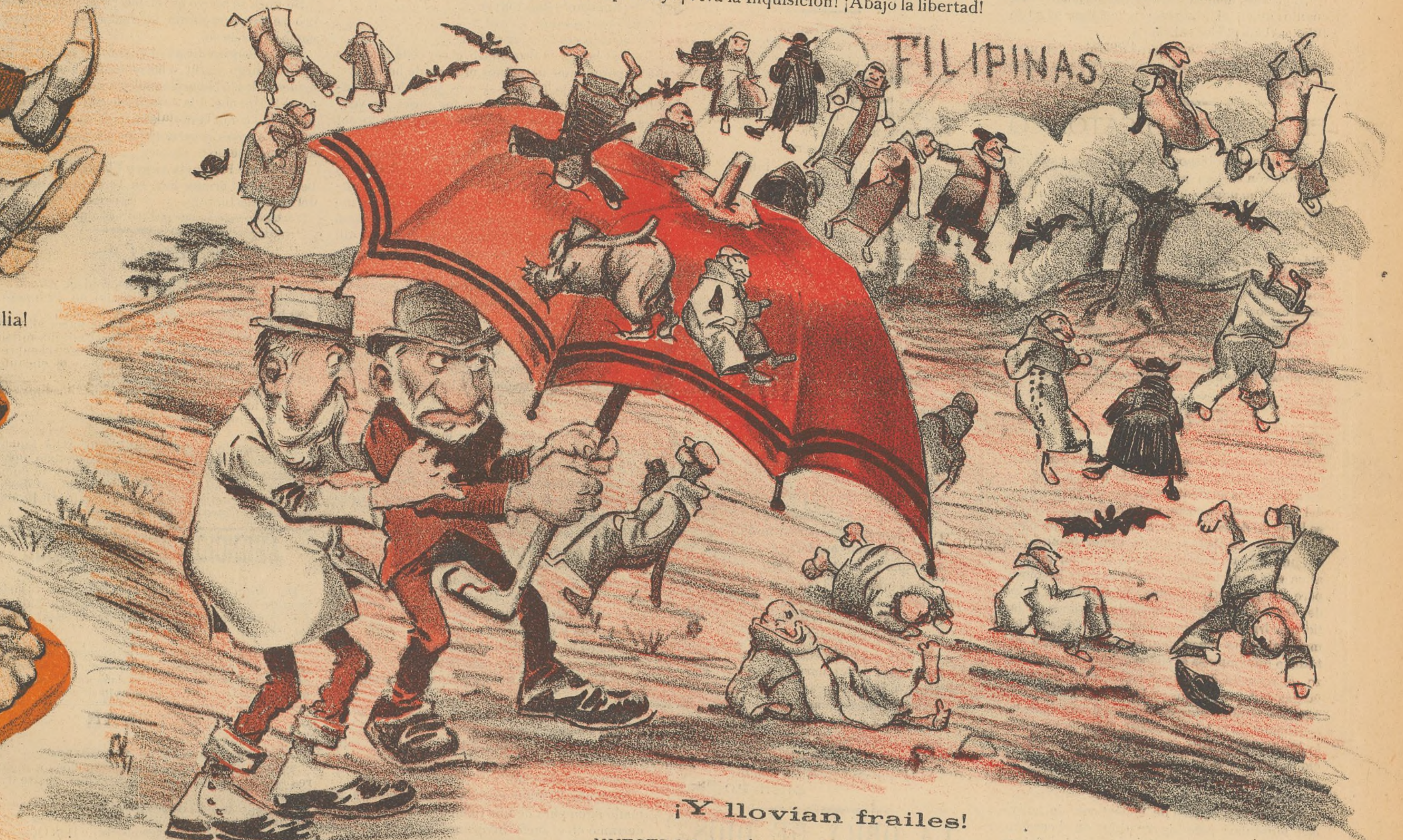
—¡Viva el Papa-Rey! ¡Viva la Inquisición! ¡Abajo la libertad!



SERAFÍN Y JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO



La muerte de Sagasta.



¡Y llovían frailes!
NUESTROS POLÍTICOS EN SAN SEBASTIÁN



Siempre en actitud reverente.

II. Hermógenes

tenía en sus sueños el cerdo dormido.

Entonces, Minerva, que oyó la querella, mostrando á aquel cerdo gigante y obeso, les dijo: —Miradle: La dicha es aquella. Es ley de la vida; sufrir ó ser eso.

RAFAEL TORROMÉ

La fiesta del 29 de Julio.

Varios hombres de buena voluntad han publicado un Manifiesto, dirigido á todos los liberales españoles, excitándoles á que conmemoren la fecha gloriosa del 29 de Julio de 1837, en la que las Cortes españolas aprobaron la famosa ley extinguiendo de la Península todos los monasterios, conventos, colegios, congregaciones y casas religiosas.

Para celebrar esa fiesta de la libertad, los autores del Manifiesto proponen que se pida el establecimiento del estado de derecho creado por la ley ya citada del 29 de Julio de 1837, por medio de manifestaciones públicas ó de mítins, ó de veladas ó de conferencias ó de comidas familiares, ó suscribiendo una carta ó un telegrama á la Comisión de Madrid (Sociedad «Fraternidad Republicana», Esgrima, 12) y á los periódicos liberales.

El Manifiesto termina con estas palabras: «Liberales, demócratas de todas las tendencias, cuantos amen el progreso; ¡a celebrar el 29 de Julio! ¡Abajo el clericalismo!»

Y ahora, que los verdaderos liberales demuestren que lo son de veras, asociándose á la fiesta proyectada.

EL CONGRESO CATÓLICO

Unos cuantos obispos y unos cuantos católicos de profesión se han reunido en Congreso para condenar, en nombre de la Iglesia, la libertad, el progreso y la civilización.

De ese cánculo de sacristía forman parte los Sres. Silvela, Vadillo, el M. de Lema, el M. de Pidal y otros varios M. y N. N.

No estamos para perder el tiempo comentando los discursos ni los acuerdos adoptados por esos señores borregos de Cristo.

Dejémosles que griten en pleno siglo XX! viva el Papa-rey y viva la Inquisición.

Y repítamos nosotros á modo de comentario la hermosa frase de Cambronne.

GERMINAL

¡Qué espantosa soledad! En medio de este silencio intelectual que envuelve la nación, nada se escucha, nada se siente, á no ser el ronco rumor del mar al batir la costa; y, sin embargo, la tierra se llena de flores, la naturaleza germina pródigamente con exuberancias de mujer fecunda, el terruño en sus entrañas lleva la vida; ¡sólo el alma está muerta! Este paraíso es muy hermoso, pero los pájaros no cantan. Yo escucho el golpe del azadón implacable arañando los senos de las tierras vírgenes; yo observo la actividad de la vida material como crece; me marea el vértigo del trabajo que impulsa el sudor del humano esfuerzo, el resuello de la bestia que no se rinde, las fatigas de los músculos resistentes que no desmayan, las carnes endurecidas que rebotan entre las crueldades de la batalla social. Todo lo veo, todo lo admiro; pero nada siento. Me parece este silencio la desolación de un pueblo sin alma, la trágica tristeza de la simbólica ciudad muerta de D'Annunzio.

Nuestra vida es vida de epilépticos, de actividad muscular; pero sin energías en el cerebro, inertes de la voluntad y sin esas grandes fiebres del espíritu que incendian las ideas, que hacen sufrir y gozar calenturas alucinatorias, delirios de filósofo que piensa en alta voz y para todos.

No escucho el cruzar de las plumas como aceros combatientes en un asalto; las ideas no agarran tenaces en las almas, como viejas raleas: los pensadores descansan; los poetas callan, los prosistas se han rendido; ¿dónde está pues, el pensamiento? Habrá que esperar á que la nueva generación llegue llena de brío y vigorosa á las luchas por el ideal, y confiemos en que entonces retoñará el árbol, y que las ideas regresarán para encarnar de nuevo, como las cigüeñas de Vogüé á los viejos campanarios?

Pero yo creo que á esa juventud que ya se siente llegar hay que templarla con nuestro ejemplo: es necesario que sienta fogueros para que no sufra los miedos del soldado cobarde y reciba con entusiasmo su primer bautismo de sangre; es preciso decirle que amor al ideal es el arte, y que amor es la vida, para que no odie: porque aunque el odio es santo, según Zola, el odio es estéril según Tolstói; es urgente decirles que la inteligencia no es el mal, ni un veneno, como dijo Rod, ni el arte es un sufrimiento, como predicará Goncourt; el arte es lo azul, lo ha dicho Victor Hugo, es decir, la poesía de las cosas, la música de las almas, es lo armónico, lo sugestivo, el ensueño lo infinito, tal vez nada de esto; pero yo lo

veo en acción como una fuerza ignota, como un espíritu impalpable creando, como Dios: corre por el mármol con energías de sangre caliente, y á su contacto las formas correctas de la Venus de Milo tiemblan con estremecimiento de carnes vivas, y en sus labios, entreabiertos, deja la provocación de una vaga caricia, de un eterno deseo; y alienta en el granito roto en líneas ondantes, con estrias gallardas; late en él como un alma solitaria, como una oración en la piedra cincelada; es algo que flota, que no se ve, pero que se adivina y que se siente, con impresión muy honda, al mirar, desde un puente de Londres, la Catedral de San Pablo: es algo que llora, que ríe, que blasfema lamentoso, chispeante, alegre y triste, entre los signos cadavéricos de la partitura de *Traviata*; y que hierve en los versos de Heine, unas veces con ritmo de vino espumante, y otras con sollozos de crucificado dolorido, exangüe, lleno de inmortales angustias.

A esa juventud de mañana hay que pedirle que piense; pero también es necesario educarla. Para entonces ya podemos decir: nuestra tierra es hermosa, los campos la fecundiza el trabajo, las carnes chorrean sudor; pero los cerebros segregan ideas; ¡el alma de la patria ha resucitado!

ANGEL GUERRA

ACTO DE JUSTICIA

Según una vieja historia, allá, en tiempos muy lejanos, llegaron dos ciudadanos á la puerta de la gloria.

Y con unción verdadera, según allí es de rigor, en presencia del Señor hablaron de esta manera:

—«Señor—dijo uno—, yo infiero que merezco tu castigo; mas sé indulgente conmigo en gracia de lo sincero.

He sido un gran pecador, un hombre ruin, sin conciencia, que abusé de la inocencia fingiendo constante amor.

Mas hoy, de pena transido heme á tus plantas postrado. Señor, he sido un malvado, pero estoy arrepentido.»

A lo que el Dios de la altura dijo: —«No te guardo encono. Pasa, que yo te perdono, y goza eterna ventura.»

El otro al punto exclamó: —«Puesto que ese entra en la gloria, es una cosa notoria que también entraré yo.

De sobra se ha evidenciado que el hombre ese, por su mal vivió en pecado mortal, de lo que yo me he librado. Pues mientras él fué el terror de las incautas doncellas, yo, espantado de las bellas, las miraba con temor.

Y tuve mil proporciones favorables para amar; pero yo, por no pecar, desprecié las ocasiones.»

—¡Largo de aquí! ¡Pero pronto!—le contestó al Padre Eterno;— ¡Tú debes ir al infierno!

—¡Por qué motivo?— ¡Por tonto!

AGUSTÍN PAJARÓN

LA OBRA DE DIOS

Y el filósofo habló así:

—Cierto que has trabajado bien: has separado tu mundo en dos, y has dejado un vasto espacio de agua entre ambos hemisferios, para que no tuviera una comunicación con otro. Debajo de tus dos polos se helarán de frío, y bajo tu línea equinoccial se morirán de calor. No me desagradan tus carneros, tus vacas y tus gallinas; pero ingenuamente, tus serpientes y tus arañas me gustan poco. Buena cosa son tus cebollas y tus alcachofas; mas no sé qué idea llevabas en cubrir la tierra de tanta planta venenosa, como no fuese la de envenenar á sus moradores. Creo que has formado unas treinta especies de simios, muchas más de perros, y cuatro ó cinco, no más, de hombres: verdad es que á este último animal le has dado lo que llamas *la razón*; pero, en conciencia, tan ridícula es la tal razón, que se acerca á la locura. Me parece que no te curas mucho de este animal de dos pies, á quien has dado tantos enemigos con tan poca defensa, tantas dolencias con tan poca cordura. Sin duda que no quieres que se multiplique en demasía en la tierra; pues, dejando aparte los peligros á que lo has expuesto, lo has dispuesto tan bien, que un día vendrá en que las viruelas se lleven cada año el diezmo de la especie, y el venéreo envenene el manan-

tial de la vida en las nueve partes restantes. Como si con esto no bastara, de tal manera lo has organizado, que la mitad de los que sobrevivan pasará el tiempo litigando, y la otra mitad matándose unos á otros. Cierto que te debe estar muy agradecidos, y que has hecho un dechado perfecto.

VOLTAIRE

EL HAZ

En aquel remoto tiempo, un hambre terrible asoló la tierra á consecuencia de la carencia de trigo; los hombres, desesperados y famélicos, se comían á sus hijos.

Sensible á fuer de buena, la joven Flavia, hija de Brodomiro, el rey celta, lloraba y se desolaba.

«¿Qué podré yo hacer—pensaba—para asegurar el pan de mis hermanos?» Y ella se dijo: —«Dré á ver al sabio Tiemón para que me aconseje.»

Calzada de fuertes sandalias partió al otro día. Cruzó la floresta profunda y misteriosa. La blonda virgen temblaba de miedo cuando veía atravesar los umbrosos valles las zorras de rojos pelos.

Ascendió por la montaña, y hacia la mitad de ella, encontró la caverna de Tiemón.

El sabio estaba sentado en una roca; su larga y nivea barba perdiase entre las rodillas; y sus ojos, desmesuradamente abiertos, seguían en el aire el vuelo de un águila.

—¡Anciano!—dijo Flavia...

El se sobresaltó.

—¿Quién eres, joven virgen?

—Soy la hija de Brodomiro, el rey celta, y vengo á ti, porque mis hermanos mueren de hambre.

—Lo sé—dijo Tiemón—, y es justo lo que sufren, pues han blasfemado de los dioses. La venganza de los dioses es terrible; desgraciado del que la atrae.

—¡Oh, anciano!—dijo entonces la joven—, A ti, que te anima el espíritu de Tentates y el alma de Freia la Blonda; tú que lees en las nubes y entiendes el lenguaje armonioso de los pájaros, ¿no tendrás piedad de nuestras miserias? Mira cómo lloro y me lamento pensando en lo que pasa allí abajo: ¡oh, anciano; las madres han comido la carne de sus hijos!

Tiemón elevó al cielo sus brazos de esqueleto: —¡Justicia de los dioses—gritó—, cuán terribles son tus decretos!

Y dijo á la joven:

—¿Qué puedo hacer en vuestro favor?

—Enseñanos—repuso ella—, cómo se ha de remover la tierra y sembrar mucho trigo, para que á la próxima recolección no suframos más hambre y que nuestros albergues rebosen de granos de oro y que cesen las matanzas inhumanas de ahora.

Tiemón respondió:

—Lo haré. Márchate, joven, y vuelve dentro de diez días. Grande es el poder de los dioses, y quiero implorarles en vuestro favor.

Fuése la joven y contó á sus hermanos todo lo ocurrido. Ellos rieron. Y durante toda la semana siguiente la caverna de Tiemón estuvo envuelta en humo y oyéronse repetidos golpes salir del antro. Por la noche, Brodomiro, de pie bajo el cielo estrellado, contemplaba la cárdena luz de la montaña y rogaba á los dioses.

Pasados los diez días, Flavia volvió á la caverna del sabio seguida de toda la tribu.

—Inmolad carneros á los dioses—exclamó Tiemón.

Ellos respondieron:

—No tenemos carneros.

—Verted las copas libatorias.

Respondieron:

—No tenemos vino.

Entonces Tiemón cogió con el hueco de su mano agua pura de una fuente, y gota á gota la derramó en el suelo invocando á Freia, la diosa de las rubias espigas. Toda la tribu, arrodillada entre los árboles, tembló. Tiemón volvió á su antro, y salió al punto conduciendo dos blancos toros; detrás de ellos, sujeto por el yugo que unía sus cuernos, veíase un largo y corvo pedazo de madera, y debajo un trozo puntiagudo de brillante metal. El sabio dijo:

—Mirad lo que os dan los dioses. Id y surcad vuestros campos con este metal; después sembrad.

Flavia dijo:

—Yo guiaré el metal por la tierra.

—Escuchad aún—repuso Tiemón—. El primero en conducir los toros blancos y hendir el seno de la tierra, morirá en la cosecha próxima. Es la víctima ofrecida á Tentates encolerizado. ¿Me has entendido, joven?

Ella contestó:

—Iré y guiaré la primera el metal por la tierra, pues á las mujeres pertenece sacrificarse hasta la muerte.

El sabio dijo:

—Id y temed á los dioses.

En seguida tomó asiento en la roca que frente á la caverna había, y fijó los ojos en el cielo.

La decena siguiente pasaba Flavia arando; sus hermanos arrojaban el trigo en los surcos que ella abría...

Las espigas nacieron y se desarrollaron. Seis lunas más tarde las doradas mieses ondaban en

la planicie. Apenas el trigo hubo madurado, Brodomiro ordenó la siega.

El alba era pura; sobre las altas montañas, el sol lanzaba una gasa de oro.

A lo largo del río marchaba la tribu, y Flavia en medio de sus hermanos. Se había revestido con una túnica de albeante lino, y en sus blondos cabellos ostentaba un nenúfar. Con toda su alma de virgen pura invocaba á Freia: —«¡Oh, diosa, ha llegado el momento de que el primer haz caiga bajo el hierro, y de que mi vida se extinga al mismo tiempo! ¡Oh, Freia: da pan á mis hermanos y que mi muerte sea tan fecunda como la obra de mis brazos!»

Brodomiro tomó la hoz luciente y dijo:

—¡Flavia, hija mía, gracias en nombre de mi pueblo! Hacia países mejores vas á partir; morada más dichosa será la tuya. Adiós, hija mía, muere sin temor: allí arriba te acogerán los dioses.

Ella dijo:

—¡Por qué temer á los dioses? Ellos son buenos y yo fui justa.

Brodomiro elevó la hoz y segó las primeras espigas. Y Flavia palideció poco á poco. Como el lino puro de su túnica se le tornó la faz inmaculada.

Brodomiro recogió el primer haz y lo puso á sus pies.

Entonces ella desfalleció y cayó lentamente.

Su nuca se apoyó en el haz y sus cabellos de oro se desparramaron alrededor de la cabeza como rayos de sol.

Divina sonrisa dirigió á cuanto la rodeaba: al cielo de fuego y azur, á las montañas azules, muy azules, á los árboles plantados á orillas del agua, á sus hermanos, á la cosecha de oro. Por sus ojos pasó algo como la nostalgia fugitiva de abandonar estas cosas, y cerrando los párpados, exhaló el último aliento.

Así se fué Flavia, la virgen blonda, con la cabeza sobre el primer haz, en la segunda decena del ardiente Julio

PAULINO VERNI

(Traducido expresamente para DON QUIJOTE.)

LIBROS

Vicente Sanchís, el popular cronista *Miss-Te-rrosa*, ha publicado, con el título de *Redimida*, una hermosa é interesantísima novela.

Sanchís recuerda en su modo de hacer al gran Alarcón; es un novelista un tanto extraño, mitad romántico, mitad naturalista, que posee el supremo don de sugestionar al lector con el encanto de sus narraciones extraordinarias.

Redimida es un libro agradabilísimo, digno de leerse y hasta de releerse.

¡Enhorabuena, amigo Sanchís!

El Casino de Navia ha publicado, y ha tenido la bondad de remitirnos, un elegante folleto, magníficamente impreso, para conmemorar el nombramiento de hijo predilecto concedido por dicha villa á favor del reputado jurisconsulto D. Rafael Calzada, nuestro distinguido amigo.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

Del *Manual del Perfecto Ciudadano*: «Todo hombre que se estime debe asegurarse la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos, Sevilla, 13.*»

No hay medio mejor para librarse, así de los rigores del frío, como de los rigores del calor, como beberse una copita de *Anís del Mono*. ¡Habla en nosotros la voz de la experiencia!

CASTELAR

(Fragmentos de sus obras.)

En este libro se hallan comprendidos los mejores trabajos políticos y literarios del ilustre tribuno.

Un tomo de más de 200 páginas, con seis retratos de Castelar y artística cubierta, 3 pesetas. Para los corresponsales y suscriptores de DON QUIJOTE, 1,50 pesetas. Los pedidos se harán á esta Administración. Pagos anticipados.

IMPRESOS ECONÓMICOS

Material moderno. Precios reducidos. 10.000 prospectos, 12 pesetas; 100 tarjetas, desde 0,75 pesetas. Especialidad en orlas modernistas é inglesas litográficas. Aduana, 25.

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts.; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.